

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LXI

MADRID, 25 DE FEBRERO DE 1934

NÚMERO 8



M I S C H K A

(Continuación.)

Entre blancas sábanas Mischka yacía en la grande e iluminada sala de enfermos. Rodeada de oscuros bucles, la carita morena descansaba sobre la muelle almohada. Las pestañas largas y sedosas de los ojos cerrados sombreaban sus pálidas mejillas.

Una y otra vez la amable hermana se inclinaba sobre ella. El desmayo había cedido a un profundo sueño de extenuación. “¿Pero es que no vas a volver a despertar, dormiloncita?” Los párpados se movieron un poco y en seguida relucieron los grandes ojazos aterciopelados. “Por fin la te-

nemos aquí; ahora hay que ser muy buena, y comer la sopita de los enfermos para que nos pongamos bien pronto; mira, qué bien estás aquí; por todas partes te rodean niños, niños pálidos y enfermos que quieren ponerse buenos como tú.

—Fuera—gritó Mischka, mirando todo asustada la extraña escena que la rodeaba—; fuera, quiero marcharme; fuera, es-cúcha, están buscando a Mischka, buscando a Trol; Mischka tiene que cazar a Trol en el bosque.

El cuerpo se irguió rápido; pero con un grito de dolor, volvió a caerse en la cama. Qué dolor la causaban los pobres miembros enfermos al menor movimiento. Gruesas lágrimas corrían por su mejillas, y resignada se abandonó a su suerte.

El buen médico la visitaban diariamente, era el único rayo de luz en las largas y penosas semanas de sufrimiento. Mischka daba mucha guerra a la enfermera, bondadosa y siempre paciente. Tenía un genio insoportable. Sólo en raros momentos parecía sentir gratitud y apego; pero cuando en-

traba el médico sus negros ojos brillaban de alegría.

Nadie la visitaba; junto a cada camita, de vez en cuando se veía alguna vez una madre, una hermana, un amoroso padre; la cama de Mischka permanecía solitaria. Los que la amaban estaban muy lejos, tenían sus campamentos en el sol meridional, junto a las aguas azules del mar Mediterráneo. Seguramente oían cómo la resaca se estrellaba rujiente en las peñas, veían levantarse al cielo azul las copas de arrogantes palmeras; qué bien se estaba en el cálido mediodía. Pero Mischka estaba sola en un país extraño, en el lecho de dolor, entre personas completamente desconocidas, que no comprendían sus íntimos anhelos; y allá fuera los copos de nieve bailaban en confuso torbellino cubriéndolo todo con una suave manta blanca.

Después de muchos meses Mischka estaba restablecida hasta el punto de poder descansar en la terraza clara y aireada. A través de grandes ventanales veía los grandes árboles cubiertos de nacientes capullos. Los pájaros cantaban y saltaban de rama en rama haciendo oír su canto primaveral.

(Continuará.)

EL LIBRO UN BUEN AMIGO

—¡No! ¡No!—dirá alguno de los queridos pequeños que lean este título—. ¡Qué humor el de este señor, decir que un libro es buen amigo. ¡Con el trabajo que a mí me cuesta aprender las lecciones de Geografía, o de Gramática, o de Aritmética! —Pues, ¿y las de Física?—¿Yán ya los mayorcitos. ¡No! ¡No!, el libro no es un buen amigo.

A primera vista podrá paracerte que no, pequeño que así exclamas; pero si piensas un poco el asunto, —aunque quizá por tu edad te guste más jugar con tus amiguitos que pensar—, llegarás a comprender con tu

pensamiento infantil que, en efecto, el libro es un buen amigo. Aún esos libros de estudio, que tanto te disgustan.

Por estos libros de estudio llegamos al conocimiento de cosas que nos son necesarias para esta vida. Nos es menester tener conocimientos de Aritmética, de Gramática, de Historia, de Geografía, etc. Y por esto sólo son—o deben ser al menos—estos libros buenos amigos nuestros, porque por ellos llegamos a aprender conocimientos que, andando el tiempo, nos podrán ser de suma utilidad, mayor o menor, según sea

la prof
fin y a
ven qu
un bu
no pu
porque
ella no
encont

Clar
ni teng
rato q
buenos
libros
de estu
ción.

¿Qu
do peq
mente

gato co
dad qu

¡Ah!
sueña,

ráis ya
¡Deseá
prasen

sin par
Y cu

a los c
años, l
to que

les roj
vuelta
heroica

Salgari

¿Pu
niños y

saben c
sados c
van al

Pero o

la profesión a que nos dediquemos; pero, al fin y al cabo, siempre útiles, porque el joven que posea buena cultura siempre hará un buen papel, en tanto que la persona que no puede conversar con sus semejantes, porque en seguida tratan de materias que ella no conoce, en más de una ocasión se encontrará en situaciones no muy airosas.

Claro, que no todos son libros de estudio, ni tengo yo tampoco ganas de amargaros el rato que me leáis, diciéndoos sólo que los buenos libros son los de estudio. Hay otros libros también buenos amigos, que no son de estudio, sino que nos sirven de distracción.

¿Quién no se recuerda haber leído cuando pequeño alguno de los cuentos mundialmente conocidos, "Caperucita Roja", "El gato con botas", "Pulgarcito", etc.? ¿Verdad que sí os acordáis, simpáticos lectores? ¡Ah!, ya veo que ponéis otra cara más risueña, porque estos libros sí los consideráis ya como amigos. ¡Os gustaban tanto! ¡Deseábais tanto que los papás os los comprasen para, en seguida, leerlos de una vez, sin parar nada hasta llegar al final!

Y cuando llegamos a la edad de los doce a los catorce, y aun los quince y dieciséis años, las novelas de aventuras, ¿no es cierto que nos entusiasman? Que hablen de pieles rojas, que hablen de niños que dan la vuelta al mundo, de aventuras en el mar, de heroicas hazañas en la tierra. Julio Verne, Salgari nos son familiares. ¿Quién no co-

noce algunas de sus más célebres novelas: "Los horrores de la Siberia", "El buque maldito", "La vuelta al mundo en ochenta días"? Y otras novelas de aventuras de otros autores, como "Robinsón Crusoe", ¿quién no la ha leído cuando contaba esta edad? Robinsón, en la isla desierta, cómo nos entusiasma, cómo somos llevados casi a pensar que él allí estaba realizando una gran obra, y, sobre todo, una valerosa obra.

Todos estos libros, unos más convenientes, otros menos, pues depende de la condición especial de cada muchacho, los consideramos como buenos amigos nuestros, mas hay otros libros, desde luego mejores, que nos son de más provecho, de mayor utilidad.

Y por encima de todos ellos, como faro que resplandece brillando con luz propia, no con la que le dan las circunstancias, hay un Libro Supremo, es decir, no uno, sino 66 diferentes escritos por pastores, reyes, etc., y que todo él encierra una armonía sin límites, por ser la Palabra de Dios, la revelación de su voluntad. En este Libro Santo aprendemos más que en todos los libros humanos, por excelentes que éstos sean. Por tanto, debemos acostumbrarnos a leerle con toda atención y reverencia desde pequeños, para que él ejerza en nuestras vidas la benéfica influencia, para el cual Dios lo ha enviado.

RAMÓN TAIBO SIENES.

HIERRO QUE FLOTA

¿Puede el hierro flotar en el agua? Los niños y niñas listos dirán no, porque ellos saben que el hierro y el acero son más pesados que el agua, y, por consiguiente, se van al fondo cuando en el agua se echan. Pero os voy a decir un experimento que po-

dréis tratar y veréis cómo el acero puede flotar.

Tomad un vaso de agua y una aguja, estad seguros que la aguja está seca. Tomad la aguja con la punta de vuestros dedos, y llevadla tan cerca del agua como os sea po-

sible, pero sin tocar el agua, entonces soltad la aguja. Si hacéis esto con cuidado veréis que la aguja flota.

¿Por qué es que la aguja flota? Cuando seáis mayores, y estudiéis Física, aprenderéis que la superficie del agua es como una tela fina, suficientemente fuerte para soportar el peso de una aguja.

Hay una historia en la Biblia acerca de un pedazo de acero que una vez flotó. Se había caído en un río, y Dios hizo que flotara. Nosotros nunca podríamos hacer eso.

En la tierra de Israel había una escuela donde hombres jóvenes vivían juntos y aprendían las cosas de Dios. El maestro de estos jóvenes era el gran Eliseo.

Sucedió que la casa donde ellos vivían era ya muy pequeña para todos ellos, así que decidieron edificar una mayor. Los hombres jóvenes tomaron sus hachas y se fueron al monte a cortar madera para hacer la nueva casa. Eliseo fué también con ellos a la orilla del río Jordán.

Uno de los jóvenes estaba trabajando muy cerca del río. Cuando una de las veces que levantó su hacha para cortar la madera se le salió de sus manos, con tal fuerza, que el hacha fué a parar casi al medio del río... Esto fué una desgracia inmensa, pues el hacha había sido prestada. El joven corrió adonde estaba Eliseo y le contó lo que había sucedido, señalándole el lugar donde había caído el hacha. Eliseo entonces cortó un palo y lo tiró al río, de momento el hacha apareció en la superficie nadando en el agua. Entonces el joven, tendiendo la mano, tomóla, contento de poder seguir trabajando y de que no tuvo necesidad de comprar un hacha nueva para devolverla a su dueño.

Eliseo no fué el que hizo flotar el hacha. Dios fué el que lo hizo, pues nuestro Dios es poderoso para hacer milagros. Hay mu-

chas cosas que los hombres no pueden hacer, una de ellas es tratar de ser buenos para poder ir al cielo, porque la Biblia dice: "Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios." (Rom. 3-23.) Ninguna cosa que nosotros hagamos puede quitar nuestros pecados, pero el Señor Jesucristo murió en la cruz, y cuando nosotros creemos en El como nuestro Salvador, entonces El nos quita nuestros pecados, nos perdona y nos limpia de toda maldad. Esto es mucho más maravilloso que el milagro de hacer que un hacha flotare. Si el Señor Jesús ha hecho tanto por nosotros, ¿no quisiérais vosotros todos hacer el bien para agradar a Aquel que nos amó y nos ha salvado del pecado?

El cuento de nunca acabar

Un niño pequeño estaba arrodillado con su madre delante de la cama para orar.

—Mamá—dijo—, tengo todo lo que necesito y deseo, no sé qué pedir.

—Bueno—replicó la madre—, entonces procura darle gracias al Señor por todo lo que te ha dado.

El muchacho estaba conforme, y después de un rato empezó: "Mi buen Salvador, te doy muchas gracias por mi caballito nuevo, por mi nuevo peón, porque tengo las piernas derechas y no necesito de muletas, como el pobre Andrés, por mis buenos ojos, como los que puedo ver todo y que no estoy ciego, como la tía Noemi, por mi camita blanca y bonita, por mi querida mamá, por mi buen papá."

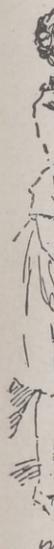
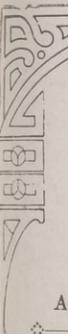
—Pero, mamá—exclamó—, si esto es el cuento de nunca acabar.

—Ya ves, hijo mío—replicó su madre, saltándole las lágrimas—, nunca habías pensado en eso.

Y ahora permíteme que te pregunte: Y tú, ¿has pensado en ello alguna vez?

PRECIOS DE SUSCRIPCION: Por un año: En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60. Madrid.



Hal
relucio
en día
piú de
un tie
secas
a abri
Des
enfer
en la